

1. ZIPPO

Tiemblas.

Tiemblan las paredes y el escritorio, es lo primero que has notado. Estabas estudiando o fingiendo que lo hacías, mirando las manchas de la pared, mapas de continentes imaginarios. Estabas, como siempre, pensando en avutardas rojas y negras. Te cuesta mucho esfuerzo concentrarte en los deberes, se te dan mejor los dictados de clase. En casa todo te molesta. El ir y venir de tu madre, el telediario de tu padre, las pisadas de los vecinos en el techo.

Miras por la ventana. La fábrica de Almidones del Ebro continúa en el mismo lugar, vomitando humo y mal olor y ruido en estado bruto, pero las sacudidas no provienen de ella. El suelo de terrazo vibra debajo de ti, las ondas se expanden por la pared de estuco. La cama y el armario se empujan, luchan por el espacio, diminuto, que ninguno consigue ganar.

Sales disparado de tu cuarto y atraviesas en dos zancadas el comedor. Tus padres y tú lo llamáis así, y no cuarto de estar o salón, aunque nunca desayunáis ni coméis ni cenáis en el comedor. Para eso está la cocina.

El sofá y los sillones gemelos permanecen vacíos e inmóviles, tus padres no están en casa. La mesa y las sillas se deslizan y rayan el suelo. Las baldosas se agrietan. La lámpara del techo es un ovni de cristal que va a aterrizar en las baldosas.

La tele, apagada, vibra como si un millón de ondas electromagnéticas o un millón de enanitos cabreados se zurrasen en su interior. La librería es un armatoste de cuatro metros de una sola pieza. Invencible. Nunca sabrás cómo consiguieron atravesar las puertas y dejarla en el comedor. Es un transatlántico encerrado en una botella. Está a salvo, por tanto, la enciclopedia *Lexis 22*. Los veintidós tomos enciclopédicos y los dos apéndices temáticos de Lengua y Medicina. Están a salvo también todas esas fotografías enmarcadas en las que apareces solo.

Odias esas fotos. En la de la primera comunión tienes nueve años y posas con las manos orantes. Eres un santo o un mártir a punto de llorar o que ha llorado demasiado. En la otra foto tienes cuatro años y llevas un peto vaquero. No sabes a quién sonríes, si al espejo o al fotógrafo o a ti mismo. Lo único que ves es que tus ojos se cruzan en el infinito. El ojo izquierdo mira directo a la cámara pero el ojo derecho se desvía hacia la nariz. Odias esa mirada estrábica que no guarda la simetría. Odias ser hipermetrope y astigmático y cuatroojos. Oftalmológicamente hablando, lo eres todo menos miope. Tu madre dice que tu estrabismo apenas se nota y esa mentira te duele más que la verdad.

Las figuras y porcelanas de tu madre también están a salvo. El gallo que cambia de color según la temperatura y la humedad. La paloma bañada en plata. Todos los feísimos obsequios coleccionados en bodas y celebraciones familiares, todos los espantosos *souvenirs* de las vacaciones de tus tíos en Cambrils y Salou. El jarrón preferido de tu madre rebota en la estantería y se acerca al precipicio. *Recuerdo del enlace de doña María con don Andrés, 1969*, pone en la tapa. Ese jarrón es más viejo que tú, ya existía antes de

que vinieras al mundo. Si se rompiera, a tu madre le daría un soponcio.

Son ellos, lo sabes. Sales de casa corriendo para verlos, con las prisas se te olvida cerrar la puerta de casa, ahora eso no importa. Enciendes la luz del rellano y te lanzas por las escaleras. Todavía no puedes usar el ascensor. *Impidan que los menores de 14 años viajen solos*, lees con rabia todos los días.

Cada tramo tiene nueve escalones, un número impar, así que si empiezas con el pie derecho también acabarás con el derecho. Mantén la sangre fría, te dices a ti mismo. Sabes perfectamente los pasos que debes dar y cómo saltar los escalones para no atraer la mala suerte. De dos en dos. De tres en tres sería peligroso, no vas a hacerlo, las gafas se te caerían.

Eres un águila o un halcón, el que mejor vuela de los dos, cayendo en picado por el desfiladero de las escaleras. No te cruzas con nadie, seguro que todos han salido a la calle. Tu cabeza retumba en el suelo cuando te caes. No ha pasado nada, las gafas siguen puestas en tu nariz, el sitio donde siempre deben estar. Levántate y vuela.

Las paredes de los rellanos se agrietan. Los cristales de los ventanucos forcejean para escapar de las bisagras. Tocas las llaves de hierro con la mano derecha para tener buena suerte. Sobrevuelas el último tramo de escaleras, el que va del último rellano al portal. Hay ocho escalones y, si quieres empezar y acabar con el pie derecho, tienes que bajar los escalones de tres en tres, de tal manera que con el pie derecho saltas al tercer escalón, luego con el izquierdo al sexto escalón y, finalmente, con el derecho alcanzas el suelo.

La Balsa entera tiembla. Llamáis así a la plazoleta donde vives, siempre inundada de charcos y de materiales que

quedaron de las obras de construcción de vuestros bloques. Los columpios, vacíos y chirriantes, se balancean ebrios. Los pedruscos se golpean entre sí como si fueran chavales de la banda del Farute. Viejas canicas, que creías perdidas, emergen a la superficie, no hay tiempo para recuperarlas. Atraviesas La Balsa a una velocidad supersónica, seguro que has batido un récord mundial. Cuando pasas por los Porches, fragmentos de escayola del techo caen a causa del temblor que asola tu barrio. Y no es Dios quien te protege, eres tú el que los esquivas todos.

Llegas, ileso, con la cabeza y las gafas en su sitio, al camino de Los Molinos. Míralo, ahí está. El convoy. Interminable fila india de hierros, acero y plomo. Por delante avanzan los *jeeps*, los Land Rovers, ocupados por cabos y sargentos chusqueros y alféreces, o lo que sean, los rangos y grados militares te los enseñó tu padre pero siempre los confundes.

Los críos chillan y los ovacionan pero los soldados miran hacia delante. Después pasan los camiones Pegaso y los camiones de autocaravana. Te encantaría ir de maniobras en uno de ellos. Varios militares con gorra, de pie en el remolque, rebotan en los baches. Saludan a los vecinos y los vecinos se deshuevan. ¡Reclutas!, grita el Bandarras ¿Vais a la guerra o qué? Uno de los quintos, con la cabeza pelada al cero coma uno, se gira y alza el dedo corazón de la mano derecha. ¡Pringao!, le grita el Farute, ¡ponte el casco que te van a llover las bombas!

Los viejos se tapan las orejas y se hablan a gritos. Les metería una granada por el culo, dice uno. Calla, a ver si nos van a fusilar, dice otro. Tú también te tapas los oídos, son muy sensibles, a veces te sangran sin motivo y tienes que ponerte algodones. Sientes el temblor dentro de ti.

Llegan los blindados con el caparazón oxidado. Bruslí estira una pierna para tomar impulso y lanza un pedrusco para comprobar si se abollan. Las tanquetas y los tanques están muy sucios, sus orugas salpican a la gente esquivando de barro. Beache y Recacha, los Guaperas del barrio, dan un saltito hacia atrás para no mancharse. Al final de la fila, entre vítores y aplausos, aparece Zippo. Los americanos usaban este tanque lanzallamas para abrasar a los comunistas en Vietnam, así te lo ha contado tu padre.

Por tu calle pasan cada semana centenares de vehículos militares pesados. Salen del tren en la Estación del Norte y luego desfilan hacia la Academia General Militar. Vienen de otros países y de otros tiempos. De viejas guerras perdidas. Terremoto en el camino de Los Molinos. El asfalto se levanta. La calzada se hunde. Pronto no se podrá cruzar desde La Balsa hasta Colmenero, donde vive el Santito. Siempre se hace el chulo pero no es más que un cagueta, nunca sale de casa cuando vienen las tropas.

Los edificios se tambalean, se resquebrajan, preparados para caer. El convoy militar atraviesa tu barrio. Para invadirlo no necesita disparar ni bombardear. Es el ruido del fin del mundo.